

ASPECTOS DE LA VIDA CRISTIANA Y LA VIDA DE IGLESIA SEGÚN SE VEN EN LA NUEVA JERUSALÉN

(Viernes: primera sesión de la mañana)

Mensaje uno

El trono de Dios y del Cordero, el río de agua de vida y el árbol de la vida

Lectura bíblica: Ap. 22:1-2

I. Cada creyente debe ser una “pequeña Nueva Jerusalén” y cada iglesia local debe ser una miniatura de la Nueva Jerusalén, el gran Dios-hombre, que tiene a Cristo como centralidad y universalidad:

- A. La visión de la eternidad es la visión de la Nueva Jerusalén—Ap. 21:9-10.
- B. La vida de la eternidad consiste en manifestar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir—Fil. 1:19-21a; Gá. 2:20.
- C. La obra de la eternidad consiste en producir la Nueva Jerusalén—1 Co. 15:58; 16:10; 3:12a.
- D. Dios puso eternidad en el corazón del hombre—Ec. 3:11:
 - 1. “Eternidad” es “el sentir divinamente implantado de que un propósito ha operado a lo largo de las eras, el cual nada debajo el sol, sino sólo Dios, puede satisfacer” (*The Amplified Bible*).
 - 2. Dios creó al hombre a Su imagen y formó un espíritu en él a fin de que pudiera recibir a Dios mismo y tenerle como su contenido (Gn. 1:26; 2:7); además, Dios puso eternidad, o sea, la aspiración por algo eterno, en el corazón del hombre a fin de que el hombre buscara a Dios, Aquel que es eterno.
 - 3. Por tanto, las cosas temporales jamás podrán satisfacer al hombre; únicamente el Dios eterno, quien es Cristo, puede satisfacer el sentir, implantado en lo profundo del corazón del hombre, de que la vida tiene un propósito—cfr. 2 Co. 4:18:
 - a. El nombre de Cristo es Emanuel, que significa “Dios con nosotros”—Is. 7:14; Mt. 1:23.
 - b. En realidad, el contenido de todo el Nuevo Testamento es un Emanuel (v. 23; 18:20; 28:20; Ap. 21:3), y todos los creyentes en Cristo, como miembros de Cristo, forman parte de este gran Emanuel, el Cristo corporativo (1 Co. 12:12; Col. 3:10-11).
 - c. La señal de Emanuel consuma en la Nueva Jerusalén, la cual será la suma total de Emanuel, la totalidad de Dios con nosotros.

II. El centro de la autoridad de Dios en la Nueva Jerusalén es el trono de Dios y del Cordero—Ap. 22:1:

- A. El centro de una nación es su capital, el lugar donde está localizado el gobierno central; la Nueva Jerusalén también tiene un centro, el cual es el trono de nuestro Dios redentor, el trono de Dios y del Cordero.
- B. *Del trono de Dios y del Cordero* muestra que hay un solo trono para Dios y para el Cordero (cfr. 21:23), lo cual indica que Dios y el Cordero son uno solo —el

Dios-Cordero, el Dios que redime— de cuyo trono sale el río de agua de vida para darnos el suministro y satisfacernos; esto describe cómo el Dios Triuno —Dios, el Cordero y el Espíritu, quien es simbolizado por el agua de vida— se imparte en Sus redimidos que están bajo Su autoridad como cabeza (implícita en la autoridad del trono) por la eternidad:

1. Dios es nuestro Creador (Gn. 2:7), el Cordero es nuestro Redentor (Jn. 1:29) y el Espíritu es Aquel que nos regenera (3:6).
2. Dios fue Aquel que se propuso, luego llegó a ser el Cordero que redime (1:1, 14) y, finalmente, llegó a ser el Espíritu vivificante que fluye (1 Co. 15:45).
3. El amor de Dios, la gracia de Cristo y la comunión del Espíritu Santo son la realidad de Dios, el Cordero y el Espíritu que fluyen en nuestro interior desde el trono de la gracia en nuestro espíritu—2 Co. 13:14; He. 4:16; cfr. Ro. 5:17, 21.
4. En nuestra vida diaria, en nuestra vida familiar, en nuestra vida matrimonial, en nuestra vida laboral y en nuestra vida de iglesia el centro debe ser el trono de Dios; todo debe ser puesto en sujeción a Su autoridad como cabeza.
5. Cada mañana después de levantarnos debemos decir: “Señor, te doy gracias por un nuevo día en el que puedo tomarte como mi Señor. Me someto a Tu autoridad como cabeza por el resto de este día. Señor, establece Tu trono en mi vida. Establece Tu trono en el centro de mi ser. Señor, haz que todo mi día y mi vida diaria estén bajo Tu trono”:
 - a. Si ofrecemos esta oración al Dios Triuno cada mañana, a partir de ese momento, tendremos el agua viva fluyendo en nuestro interior.
 - b. Cada vez que nos sujetamos al Dios Triuno, tomándolo como nuestra Cabeza, disfrutamos del fluir del agua de vida en nuestro interior.
 - c. Si no tenemos el fluir del agua viva dentro de nosotros, ello se debe a que no aceptamos ni reconocemos el señorío, la autoridad como cabeza y la autoridad del Dios Triuno en el centro de nuestro ser.

III. Dios se imparte en nuestro ser como el río de agua de vida que sale del trono para abastecer y saturar toda la Nueva Jerusalén—Ap. 22:1:

- A. Este río, tipificado por los ríos de Génesis 2:10-14, Salmos 46:4 y Ezequiel 47:5-9, representa la abundancia de vida que lleva en su corriente:
 1. Es un solo río que fluye hacia las cuatro esquinas de la ciudad santa, como el río mencionado en Génesis 2:10-14, el cual se reparte en cuatro brazos para alcanzar al hombre en todas las direcciones.
 2. Como se indica en Juan 7:38, este río junto con sus riquezas llega a ser muchos ríos en la experiencia que tenemos de los diferentes aspectos de las riquezas del Espíritu de vida de Dios—Ro. 8:2; 15:30; 1 Ts. 1:6; 2 Ts. 2:13; Gá. 5:22-23.
- B. El agua de vida es un símbolo de Dios en Cristo como Espíritu, quien fluye en Su pueblo redimido para ser su vida y su suministro de vida; es tipificada por el agua que brotó de la roca hendida (Éx. 17:6; Nm. 20:11) y es simbolizada por el agua que salió del costado traspasado del Señor Jesús (Jn. 19:34).

- C. El agua de vida es resplandeciente como cristal, diáfana y sin opacidad; cuando esta agua de vida fluye en nosotros, nos purifica y nos hace transparentes como cristal—Ap. 22:1.
- IV. El hecho de que el árbol de la vida, aunque sea uno solo, crezca a los dos lados del río, significa que el árbol de la vida es una vid que crece y se extiende a lo largo del río de vida para que el pueblo de Dios lo reciba y lo disfrute (v. 2); esto cumple por la eternidad lo que Dios se propuso desde el principio (Gn. 2:9):**
- A. El camino al árbol de la vida le fue cerrado al hombre debido a la caída (3:22-24); no obstante, le fue abierto a los creyentes mediante la redención efectuada por Cristo (He. 10:19-20); hoy en día disfrutar a Cristo como árbol de la vida es la porción común a todos los creyentes (Jn. 6:35, 57).
- B. En griego la palabra que en Apocalipsis 2:7 se traduce “árbol”, como en 1 Pedro 2:24, significa “madero”; por lo tanto, el árbol de la vida representa al Cristo crucificado (implícito en el árbol como madero, v. 24) y resucitado (implícito en la vida de Dios, Jn. 11:25), quien ahora está en la iglesia, la consumación de la cual será la Nueva Jerusalén, donde el Cristo crucificado y resucitado será el árbol de la vida para los redimidos de Dios a fin de que se alimenten de él por la eternidad (Ap. 22:2, 14).
- C. Comer del árbol de la vida, esto es, disfrutar a Cristo como nuestro suministro de vida, debe ser el asunto primordial en la vida de iglesia.
- D. Para tener una vida de iglesia apropiada y para recobrar la vida de iglesia, es decir, para crecer como es debido en la vida cristiana, lo que necesitamos no es meramente comprender con la mente las enseñanzas, sino comer al Señor como árbol de la vida, el pan de vida, en nuestro espíritu (Jn. 6:57); incluso las palabras de las Escrituras no deben ser consideradas sólo como doctrinas para educar nuestra mente, sino como alimento para nutrir nuestro espíritu (Mt. 4:4; He. 5:12-14).
- E. El ministerio del Rey celestial, en todas Sus visitas, creó oportunidades para que Él se revelara; en el contacto que tuvo con la mujer cananea en Mateo 15:21-28, se presentó otra oportunidad para que Él se revelara como el “pan de los hijos” (v. 26):
1. La mujer cananea le consideró como Señor —una persona divina— y como Hijo de David, un descendiente real, eminente y excelsa en Su reinado; pero Él se reveló a ella como pequeños pedazos de pan que habían de comerse.
 2. Esto implica que, como Rey celestial, Él reina sobre Su pueblo alimentándolo consigo mismo como pan; sólo al nutrirnos de Él como nuestro alimento podemos ser personas apropiadas en Su reino.
 3. Comer a Cristo como nuestro suministro nos permite ser el pueblo del reino en la realidad del reino.
 4. La mujer cananea se le acercó al Señor para pedirle que sanara a su hija enferma, pero el Señor le dijo que Él era el pan de los hijos para alimentarla:
 - a. Esto nos muestra que siempre que tengamos alguna necesidad, ello comprueba que necesitamos comer más del Señor Jesús; tenemos que aprender este secreto en nuestras circunstancias: comer más del Señor.

- b. Necesitamos ingerir al Señor Jesús y dejar que sea nuestro alimento y nuestro todo; entonces nuestras circunstancias cambiarán.
- c. Cuando comamos más del Señor Jesús, las iglesias serán avivadas; ésta es la perspectiva central del Nuevo Testamento.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL TRONO DE DIOS Y DEL CORDERO

Lo último que se encuentra anotado en la sección acerca de la Nueva Jerusalén es el trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:1). El trono, por supuesto, es para la administración de Dios. Dios es Aquel que tenía un propósito y que hizo un plan en la eternidad pasada y que creó todas las cosas para la realización de Su plan. El Cordero es Aquel que nos redimió, Aquel que ha efectuado una redención completa para realizar el plan de Dios. Así que, el trono de Dios y del Cordero denota que este trono es para llevar a cabo el plan de Dios por medio de la redención de Cristo. Tanto el plan de Dios como la redención de Cristo se están llevando a cabo por medio de este trono. El trono es la fuente misma de la cual fluye el río de agua de vida, y este río fluye con el árbol de la vida creciendo en él (v. 2). El trono, el cual es para la realización del propósito eterno de Dios, es para que Dios mismo fluya a fin de que por este fluir de vida Su propósito pueda ser llevado a cabo.

“UNA PEQUEÑA NUEVA JERUSALÉN”

Cuando nos adentremos en el relato completo acerca de la Nueva Jerusalén, espontáneamente entenderemos que está totalmente relacionado con nuestras experiencias personales del Dios Triuno. No piensen que la Nueva Jerusalén es meramente algo objetivo que está destinado para cierto grupo de personas en el futuro. Tenemos que darnos cuenta de que hoy en día debemos experimentar de una manera muy personal lo que está anotado en Apocalipsis 21 y 22. En cuanto a la experiencia, cada cristiano normal y apropiado es “una pequeña Nueva Jerusalén”. Todo lo que se le atribuye corporativamente a la Nueva Jerusalén, debería ser experimentado por nosotros de una manera individual y personal. Con cada uno y en cada uno de nosotros existen las tres puertas de la Trinidad Divina. Además, en cada uno de nosotros debe estar el trono de Dios y del Cordero. Debemos entronizarlo en nuestro corazón y en nuestro espíritu. En otras palabras, en el centro mismo de nuestro ser debe estar el trono de Dios y del Cordero. Al final de lo escrito acerca de la Nueva Jerusalén, lo único que se encuentra es el trono.

EL CENTRO DE NUESTRA VIDA CRISTIANA

En nuestra experiencia cristiana lo único que debería existir es el trono de Aquel que hizo el plan y que nos redimió. Tal trono debe estar establecido en todo nuestro ser, y debe ser el centro de nuestra vida cristiana. Esto significa que aceptamos como nuestra Cabeza, Señor y autoridad al Dios que hizo el plan y al Cristo que nos redimió. Deberíamos estar dispuestos a someternos a tal autoridad. Lo adoramos como Señor y lo tomamos como nuestra autoridad. Lo entronizamos en nuestro ser y en nuestra vida cristiana.

En nuestra vida cristiana el centro es el trono de Dios y del Cordero. No estamos aquí viviendo para nosotros mismos. Vivimos y existimos para llevar a cabo el propósito de Dios, para llevar a cabo lo que Cristo ha logrado. Por lo tanto, experimentamos como Cabeza y Señor a Aquel que está en el trono, y nos sometemos a tal autoridad. En nuestra vida diaria, en nuestra vida familiar, en nuestra vida matrimonial, en nuestra vida laboral y en nuestra

vida de iglesia el centro debe ser el trono de Dios. Todo debe estar sometido a Su autoridad como cabeza.

Todos nosotros hemos experimentado que cada vez que nos sometemos a esta autoridad inmediatamente sentimos que dentro de nosotros fluye algo que está lleno de las riquezas de Dios. Éste es el fluir del Dios Triuno como vida, como suministro de vida y como todo para nuestro ser. Dentro de nosotros sentimos tal fluir, y este fluir, que es el agua de vida, procede del trono de Dios y del Cordero.

EL FLUIR DE LA TRINIDAD DIVINA

En Apocalipsis 22:1 vemos el fluir de la Trinidad Divina: Dios, el Cordero y el agua de vida (el Espíritu). Según Juan 7:38-39 el agua de vida se refiere al Espíritu. Dios fue Aquel que se propuso, llegó a ser el Cordero que redime (Jn. 1:14, 29) y, finalmente, llegó a ser el Espíritu vivificante que fluye (1 Co. 15:45). Dios fluye en el agua de vida, el Cordero fluye en el agua de vida, y el Espíritu fluye como el agua de vida. Así que, éste es el fluir triuno, el fluir de la Trinidad Divina como suministro mismo de vida.

Esto no debe tomarse como una enseñanza teológica. Según nuestras experiencias cotidianas, nosotros los cristianos debemos experimentar cada día el fluir de la Trinidad Divina. Cada mañana después de levantarnos tenemos que decir: “Señor, gracias por un nuevo día en el cual puedo tomarte como mi Señor. Me someto bajo Tu autoridad todo el día. Señor, establece Tu trono en mi vida. Establece Tu trono en el centro de mi ser. Señor, somete bajo Tu trono mi día entero con mi vida diaria”. Si cada mañana usted ofreciera tal oración al Dios Triuno, desde ese momento el agua viva fluiría en usted. Esta agua viva que fluye es el fluir del Dios Triuno. No es de poca importancia que el Dios Triuno fluya en usted hoy en día. Él fluye en usted como Aquel que se propuso, como Aquel que nos redimió y como Aquel que es el Espíritu vivificante. Esta persona es la consumación misma del Dios Triuno que llega a nosotros como el agua viva.

Tal revelación subjetiva no es comprendida por muchos de los cristianos de hoy. Espero que, en nuestra experiencia, todos nos demos cuenta de que cada vez que nos sometemos al Dios Triuno, tomándolo como nuestra Cabeza, disfrutamos un fluir dentro de nosotros. Gracias al Señor que en el recobro del Señor, día tras día, mes tras mes, año tras año y vez tras vez, lo que se enfatiza es este único fluir. Hemos dado mensaje tras mensaje que nos dicen que el Dios Triuno está fluyendo. Además, en nuestro himnario hay muchos himnos acerca de este tema. Las primeras dos estrofas de *Himnos*, #7 dicen:

¡Fuente de vida eres, oh Dios
Cuán libre es Tu caudal!
¡Como agua viva es Tu fluir,
Hasta la eternidad!

Fluiste en el Hijo en amor,
Entre la humanidad;
Hoy fluyes como Espíritu,
Con gracia sin igual.

Muchas veces en la reunión de la mesa del Señor, todos sentimos el fluir del Padre, el Hijo y el Espíritu. Nuestro Padre es el Dios mismo que tuvo un propósito y que se propuso llevar a cabo Su plan eterno. El Hijo como el Cordero mismo también está fluyendo para impartir lo que efectuó en la cruz. Todo lo que fue realizado en la cruz fue objetivo, y esto tiene que llegar a ser subjetivo para nosotros mediante el fluir del Cordero. Hasta el Cordero está fluyendo

en este fluir divino, porque este fluir procede del trono de Dios y del Cordero. Esto quiere decir que el agua de vida fluye de Dios y del Cordero. No solamente tenemos tal visión y revelación, sino que también tenemos esta experiencia día a día y aun momento a momento. Puedo testificar que sin tal fluir divino no puedo vivir, no puedo ministrar y no tengo nada que ministrar. Pero, alabado sea el Señor, este fluir divino siempre es de provecho en nuestra vida y en nuestro ser.

LA FUENTE DE VIDA QUE ESTÁ DENTRO DE NOSOTROS

No digamos que la fuente de la vida divina que fluye dentro de nosotros está en los cielos. Tenemos que decir que la fuente está dentro de nosotros. Tal vez algunos argumenten que Juan vio el trono en los cielos, pero tenemos que darnos cuenta de que, según Efesios 2:6, ahora estamos sentados juntos en los lugares celestiales en Cristo Jesús. La fuente está en nosotros porque la fuente está en los cielos y nosotros estamos en los cielos. Dios está en los cielos y nosotros estamos en los cielos, así que Dios está en nosotros. Sin embargo, es posible que algunos creen que aunque Dios y nosotros estamos en los cielos, estamos en los cielos separadamente. No obstante, no debemos olvidar que cuando creímos, creímos en el Dios Triuno. También fuimos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el nombre denota la persona (Mt. 28:19). Fuimos bautizados en la persona del Padre, del Hijo y del Espíritu, así que después de ser bautizados estamos en el Dios Triuno. Dios y nosotros estamos en los cielos, pero también nosotros estamos en Él y Él está en nosotros. Nosotros y Dios somos coherentes. Debemos disfrutar la maravillosa coherencia que tenemos con el Dios Triuno.

Los judíos sólo creen a Dios, pero nosotros creemos “en” Dios. La diferencia entre el modo de creer de los judíos y el nuestro consiste en la pequeña preposición *en*. Nosotros creemos en Dios y en realidad la preposición griega *en* significa *hacia adentro*. Nosotros creemos hacia adentro de Dios. Cuando creímos en el Señor Jesús, nosotros creímos hacia adentro del Dios Triuno y al mismo tiempo el Dios Triuno entró en nosotros. No hay manera de demostrar el hecho de que nosotros estamos en Dios y de que Dios está en nosotros. No estamos en la tierra, sino que, por un lado, estamos en los cielos, y por otro, estamos en Dios.

Este mismo Dios que está en nosotros es la fuente de vida. El trono de Dios y del Cordero debería ser el centro de nuestro ser. En la reunión tal vez digamos que el trono está en nosotros, pero muchas veces cuando las hermanas van de compras, el trono es desechado y puesto en los cielos. Los hermanos también deben preguntarse si tienen el trono de Dios en ellos cuando están haciendo negocios. ¿Quién es el Señor, la Cabeza y la autoridad en nuestra vida diaria? Muchas veces hasta en las cosas pequeñas tales como comprar una corbata o un par de zapatos, no permitimos que el trono esté en nuestro corazón.

Tenemos que darnos cuenta de que cada vez que el trono se va, el fluir pierde su fuente. Ésta es la razón por la cual muchas veces tenemos la sensación de que estamos secos y hasta marchitos. No tenemos el fluir del agua de vida debido a que no aceptamos ni reconocemos al Dios Triuno como Señor, como Cabeza y como la autoridad en el centro mismo de nuestro ser. Por esto el trono es lo último que se revela en cuanto a la Nueva Jerusalén. Sin el trono, la Nueva Jerusalén no tiene centro, y sin el trono no hay fluir de vida. Como resultado, toda la Nueva Jerusalén se secaría y hasta moriría de hambre. El agua de vida fluye del trono, y el árbol de la vida crece como vid en el agua de vida y a los dos lados del río de agua de vida, produciendo frutos a tiempo, para que sean alimento para los redimidos de Dios por la eternidad. Tanto el agua de vida como el árbol de la vida provienen del trono. Si no hubiera trono en usted, ¿cuál sería el resultado? Muchos cristianos están marchitos, muertos de hambre, y no

tienen crecimiento en vida debido a que el trono ha sido arrojado a los cielos y no lo tienen en su experiencia.

El árbol de la vida también tiene hojas que son para la sanidad de las naciones, lo cual simboliza el hecho de que las obras de Cristo guían y regulan a las naciones externamente para que vivan la vida humana para siempre. Esto indica que cuando disfrutamos a Cristo como árbol de la vida, los incrédulos son regulados por nuestra conducta, la cual resulta que Cristo sea la fuente de nuestro vivir.

Cada uno de los santos es una “pequeña Nueva Jerusalén”. Dentro de usted, en el centro de su ser, debe estar el trono de Dios y del Cordero. Cada vez que usted tome como Cabeza al Dios Triuno, ése será el momento cuando algo comience a fluir en su ser. Tenemos que aplicar esto a nuestra vida diaria en cada ocasión y en cada pequeñez. Hasta cuando hablemos a nuestros hijos y a nuestro cónyuge, tenemos que practicar el someternos al trono interior. No mire usted a los cielos, sino al centro de todo su ser, donde debe haber un trono. El trono debe prevalecer en el centro de su ser. Entonces el agua de vida saldrá del trono para suministrarle y para traerle el árbol de la vida, que lo nutrirá a usted todo el día.

NUESTRA VIDA DIARIA: UNA VIDA PROPIA DE LA NUEVA JERUSALÉN

Nuestra vida cotidiana debe ser una vida propia de la Nueva Jerusalén. En ese día, cuando lleguemos a la consumación máxima y final de la revelación divina, no nos sorprenderemos, debido a que hoy en día estamos experimentando lo mismo. Lo que habrá en la Nueva Jerusalén será una intensificación y una consumación de nuestra experiencia actual. Ahora estamos experimentando la misma cosa día tras día en nuestra vida familiar, en nuestra matrimonial, en nuestra escolar, en nuestra laboral y en nuestra vida de iglesia. Estamos experimentando el trono de Dios y del Cordero, del cual fluye el Dios Triuno para que lo disfrutemos. El agua de vida, es decir, el fluir del Espíritu de vida, es la vida divina en resurrección para ser la bebida de los redimidos de Dios (Ap. 22:17b; Jn. 7:38-40). Este río de agua de vida que sale del trono es resplandeciente como un cristal que no tiene palidez ni opacidad, río que purifica a los redimidos de Dios, haciéndolos transparentes.

En los últimos cuarenta años de mi ministerio, en mi corazón no he tenido deseos de hablar acerca de ninguna otra cosa. La carga que tengo en mi ministerio es decirle a la gente que el Dios Triuno mismo está fluyendo dentro de ellos. He hablado esta misma cosa desde muchos ángulos y con muchos mensajes. Las últimas páginas del Nuevo Testamento tratan del trono del cual fluye el Dios Triuno. El río fluye con el Dios que se propuso, con el Cordero que redimió y con el Espíritu que ahora es el Espíritu todo-inclusivo, procesado, triuno y vivificante. No quiero meramente enseñar acerca del trono mencionado en Apocalipsis 22, sino que creo que mientras usted lee este capítulo, el trono de Dios y del Cordero, del cual fluye el Dios Triuno, está siendo impartido en usted por medio de este hablar. El Dios Triuno está ahora fluyendo dentro de usted como el agua de vida con el árbol de la vida creciendo en él. (*La economía neotestamentaria de Dios*, págs. 409-415)

EL SEÑOR ES EL PAN DE LOS HIJOS Y, POR ENDE, EL HOMBRE LE PUEDE COMER

Usemos el ejemplo de Mateo 15, donde se narra que el Señor se retiró de la tierra de Judea a la región gentil de Tiro y Sidón. Una mujer cananea se le acercó y clamó: “¡Ten misericordia de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija sufre mucho estando endemoniada” (v. 22). Aunque ella era gentil, llamó al Señor Jesús Hijo de David, según la tradición judía, pero el Señor le respondió: “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos” (v. 26). La mujer

usó el título religioso *Hijo de David*; la respuesta de Jesús se refería a pedazos de pan. ¡Qué enorme diferencia entre las palabras dichas por estas dos personas!

El Hijo de David, un descendiente de la nobleza y heredero al trono era un hombre muy importante. En el concepto religioso del hombre, Cristo era un hombre increíblemente grandioso y era el heredero de la familia real. Pero la respuesta de Jesús indica que Él era el pan para los hijos. ¿Quién es mayor, el Hijo de David o los hijos? Todos concordaríamos en que el Hijo de David es mayor. Ahora bien, ¿quién es mayor, los hijos o el pan de éstos? Sobra decir que los hijos son mayores que el pan que comen. Examinemos lo siguiente: ¿quién es mayor, nosotros o el Señor Jesús? Deberíamos decir confiadamente que nosotros somos mayores, porque nosotros somos los hijos y Él es el pan; sin embargo, no nos atrevemos a decirlo, por la influencia de los conceptos religiosos y de las tradiciones. Decir que uno es mayor que el Señor no es una blasfemia para el Señor, sino una expresión genuina que es fruto de conocer al Señor. Con un corazón sincero, podemos decir: “Señor, te agradezco y te alabo porque llegaste a ser mi alimento. El que come es mayor que la comida. Señor, Tú te hiciste suficientemente pequeño para llegar a ser el alimento que yo puedo comer”.

Cuando el Señor se retiró a las regiones de Tiro y de Sidón, se le acercó una mujer cananea que estaba en una condición lamentable, pobre y vil. Para ella el Señor era el Hijo de David, un noble descendiente de la familia real. Pero el Señor fue sabio y le dio una formidable respuesta, la cual fue sencilla y profunda a la vez: “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos”. Él quería que la mujer cananea comprendiera que si Él adoptaba la posición de Hijo de David no podría venir a ella, pues estaría en el trono, no en Tiro ni en Sidón, y ella no tendría derecho a clamar a Él. Ella debía saber que Él era el pan de los hijos, y que ella tenía su propio lugar. Aun como pan de los hijos, ella no tenía derecho a comerle. Ella era un perro gentil. Es decir, no conocía bien al Señor, ni se conocía bien a sí misma.

El Señor fue verdaderamente sabio, y el significado de Su respuesta fue profundo. Además, en ese momento, el Espíritu Santo operó en aquella mujer e hizo que su entendimiento se abriera al oír las palabras del Señor. Ella no discutió ni se molestó. Fue como si ella hubiera dicho: “Señor, tienes razón. Tú eres el pan de los hijos, y yo sólo soy un perro pagano. No obstante, los perros tienen su porción, que no está en la mesa, sino que es las migajas que caen de la mesa. Los perros no pueden comer el pan que se sirve sobre la mesa, pero ¿no podrán comer las migajas que caen de la mesa?”. La respuesta de la mujer cananea también estaba llena de significado. Es asombroso decir: “Señor, aunque Tú eres el pan de los hijos, éste ya no está en la mesa, pues los hijos traviesos lo arrojaron de la mesa. Como un perro pagano, yo estoy bajo la mesa, mas debes saber que Tú también estás debajo de la mesa. Yo estoy en la región de Tiro y de Sidón, y Tú no estás en Jerusalén; por lo tanto, Tú eres mi porción”.

NO LE PEDIMOS AL SEÑOR QUE HAGA ALGO POR NOSOTROS, SINO QUE LE COMEMOS

La mujer cananea se le acercó al Señor y le pidió que le hiciera un favor; le pidió que sanara a su hija enferma. Pero la respuesta del Señor no le dio la menor esperanza de que fuera a hacerle favor alguno. Le dijo que Él era el pan que la podía alimentar. Esto nos muestra que lo que necesitamos no es que el Señor Jesús haga obras en beneficio nuestro, sino comerle. Hermana, ¿está enfermo su esposo? No le pida al Señor que lo sane. La razón por la cual su marido está enfermo es para que usted pueda comer al Señor Jesús, ponga a Jesús en usted, y entonces su esposo sanará. ¿Está abatida por la desobediencia de sus hijos? Usted ora con frecuencia pidiéndole al Señor que haga el milagro de hacer que sus hijos sean obedientes. Pero cuanto más ora, menos eficaz parece la oración y peores se vuelven sus hijos.

Ahora usted debe aprender el secreto: comer más al Señor. Coma bien al Señor, y su hijo será sano.

Cualquier necesidad que tengamos es una evidencia de que necesitamos comer al Señor Jesús. ¿Está desempleado? No le pida al Señor que le dé un buen trabajo; lo único que debe hacer es comer al Señor Jesús, y el trabajo aparecerá. Cuando los incrédulos oyen estas palabras, piensan que esto es una necesidad, pero los que tienen experiencia saben que el trabajo viene como resultado de comer al Señor. No le pidamos al Señor que haga algo fuera de nosotros. Más bien, coma al Señor e ingiéralo.

Hermanos y hermanas, ya vimos que el Señor Jesús verdaderamente se hizo alimento para nosotros. Nuestros conceptos necesitan cambiar. Los ancianos de todas las localidades administran fielmente las iglesias, las llevan en sus corazones y desean ardientemente que avancen. Pero estar ansiosos por el progreso de las iglesias, aunque sea una preocupación genuina, no ayuda. No le pidamos al Señor que nos ayude a cuidar bien a las iglesias; lo que debemos hacer es comer algunas migajas del Señor Jesús. Cuando comemos más de Él, las iglesias son avivadas.

Ésta es la perspectiva primordial del Nuevo Testamento. El Señor no vino a hacer obras en favor nuestro, sino a alimentarnos. Es una equivocación pedirle al Señor que, como buey, labre la tierra para nosotros, y también es un error despojarlo de Su lana para embellecernos a nosotros mismos. Cuando la mujer cananea mencionada en Mateo 15 le pidió al Señor Jesús que sanara a su hija enferma, Él le contestó algo así: “No me pidas que sea como los bueyes para labrar tu tierra; soy las migajas que puedes comer. No te preocupes si tu hija está enferma o sana, sólo ¡cómeme! Cómeme, y tu hija sanará”.

Hermanos y hermanas, tenemos problemas en nuestra vida familiar porque no comemos a Jesús. Cuando la esposa come a Jesús, el esposo cambia para bien, y cuando el esposo come a Jesús, es ella la que cambia. Cuando los hijos comen a Jesús, los padres dejan de ser un problema. Cuando los padres comen al Señor Jesús, los hijos se vuelven a Dios. Necesitamos ingerir al Señor y dejar que sea nuestra vida, nuestro alimento y nuestro todo; sólo entonces las circunstancias cambiarán. De hecho, ni siquiera nos preocupa si las circunstancias son buenas o malas; sólo nos interesa comer y disfrutar al Señor. ¡Él es comestible! Primero comemos las migajas que caen de la mesa; después de cierto tiempo, comemos lo que está sobre la mesa. Cuando los perros gentiles comen a Cristo, llegan a ser hijos de Dios. Después de que los hijos comen más de Cristo, llegan a ser piedras preciosas. En Apocalipsis 2, el Señor le dice al mensajero de la iglesia en Pérgamo: “Al que venza, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca” (v. 17). La piedrecita blanca es el que vence. El que come el maná escondido llega a ser una piedrecita blanca en el edificio de Dios. (*Comer al Señor*, págs. 18-20, 22-24)